

“EL HONOR EXTREMEÑO”

*Sugerido en la lectura de la monografía
«Francisco de Hinojosa», escrita por Don
Miguel Muñoz de San Pedro.*

Mientras Jorge Manrique, el Provincial y Mingo Revulgo consumen su actividad literaria buscando las sátiras más festivas contra los grandes magnates de la Corte castellana, otro vate extremeño de cuyo nombre guarda silencio la Historia, compone unos versos ricolizándolo la vanidad excesiva de un personaje trujillano: D. Alvaro de Hinojosa.

Pero la ofensa causada al honor extremeño, no puede quedar impune como sucede con aquéllas que se hacen al honor de otras regiones.

D. Alvaro de Hinojosa tiene un hijo; un apuesto mancebo, decidido y valiente, que no duda en jugarse la vida en lid peligrosa defendiendo la dignidad del autor de sus días.

Y así, una noche, de forma premeditada, encuentra al poeta cruzando la plaza de Santa María y le dice:

—Me han dicho que sois buen poeta. ¿Queréis demostrarme que maneáis vuestra espada al igual que la pluma?...

El satírico vate tiembla de pies a cabeza al recibir invitación semejante. Le causa pavor aquella figura arrogante de juez inflexible que tiene la mano en la empuñadura.

Dos ojos de mirar penetrante se encuentran clavados en los suyos y vé cómo a la luz de la Luna despiden destellos de fiera firmeza.

Mas el poeta es un caballero. Todos los hombres de la época lo son, cuando saben blandir el acero.

Comprendiendo lo irremediable del trance, aún saca valor para vencer la influencia que aquella figura causara en su espíritu y echando mano a la espada se lanza contra ella con furia.

El ruido de las armas al cruzarse hirió el sepulcral silencio de la noche trujillana. Se sucedieron los golpes furiosos. Los aceros brillaron a la claridad de la Luna y el combate se hizo encarnizado y terrible.

Hinojosa atacaba con habilidad de maestro y el poeta se defendía con gran nerviosismo; pero también con soltura de buen luchador.

Ninguno de los rivales cedía terreno. Con agilidad de felinos se lanzaban a fondo, paraban los ataques, retrocedían y volvían a inclinarse para ganar el espacio perdido.

Son las doce. Ni un alma transita por el teatro de esta lucha. Entre el

sonar metálico de las espadas, comienza a percibirse la respiración agitada de ambos rivales.

La batalla alcanza un momento fatal. El vate comienza a mostrar su cansancio y retrocede con el rostro desemblantado adivinando el terrible final que se acerca. Da unos pasos parando las furiosas y continuas estocadas que Hinojosa lanza a la altura del corazón; pero al fin le abandonan las fuerzas y en uno de los golpes, deja caer de su mano la espada.

Ha llegado el instante terrible. Apenas lo ha visto venir. Lo recibe con un ¡¡Ah,...!! que se apaga como leve susurro, mientras brota del pecho un borbotón rojo.

Hinojosa murmura con voz entrecortada por la fatiga:

—Ponedme un pié a esta copla,... pues lo sabéis bien hacer.

El rival alcanzado se inclina adelante. Las rodillas se doblaban al peso del cuerpo y el rostro dá en la arenisca del pavimento.

Aún se retuerce durante breves segundo en la agonía de la muerte; pero al fin queda inmóvil en grotesca posición.

Francisco de Hinojosa le dirige aún una última mirada y enfundando el acero manchado de sangre, se aleja de aquella escena siniestra con la impasibilidad de quién en trance leal defendió la dignidad de su padre.

En aquellos instantes, una lechuza lanzaba desde la torre de Santa María la Mayor las notas escalofriantes de su graznido agudo, conmoviendo la inmensidad de la noche trujillana.

¡Así defendía su honor,... un caballero extremeño!

MODESTO SANTILLANA OLLERO.

✶